

en Europa y en nuestro Méjico. Sólo una cosa especial usan y es una sábana blanca con que todo el vestido se cubren, aun la cabeza. Bastantes usan sus vestidos de seda y la sábana les cubre todo el cuerpo. de suerte que, después de todo, son muy modestas y la vista que presentan es muy agradable. Luego nos fuimos á la puerta de la iglesia en traje de coro, á esperar al Ilmo. Sr. Obispo, el que no se tardó mucho, pues á los diez minutos se presentó y luego se dirigió al altar mayor, sentándose como prescribe el Pontifical al lado de la Epístola y comenzó á ponerse los vestidos de lujo para celebrar. Los ministros que, como dijimos, eran los Padres Luque y Hueso revestidos estaban; en fin, nada podía dilatar por más tiempo el comenzar los Divinos Oficios. Hay que hacer mención especial de los niños que para asistir al Sr. Obispo habían preparado los RR. PP., pues una vez más admirábamos la dedicación y empeño de estos defensores de los lugares santos que, por todo lo que al culto atañe, se desvelan. ¡Qué uniformidad en todo! ¡Qué seriedad y majestuosidad! ¡Qué listos estaban en todo! En fin, todo nos encantaba

y aumentaba nuestro regocijo. Nada particular hay que decir de los Oficios, pues tal como prescribe el Pontifical se verificaron. A la hora de la Comunión se acercaron para alimentarse con este pan celestial, todos los padres franciscanos y los hermanitos, todos los sacerdotes peregrinos mejicanos y una gran multitud de hombres y mujeres, durando más de media hora esta ceremonia. En unos cálices nos hicieron favor de obsequiarnos un poco de vino como, se acostumbra en algunas partes, y en nuestra majestuosa é imponente Catedral de Méjico.

A las nueve daba término la Santa Misa y nos detuvimos unos momentos todavía para dar gracias y después nos fuimos á Casa Nova para tomar un poco de café que ya tarde era. Luego nos recibió Ventura y ordenó nos lo sirvieran, subiendo en seguida al segundo *piano* para ir un rato á nuestros aposentos. Después fuimos al centro de la ciudad por donde venden los rosarios, es decir, donde están los *macazinos* y luego á la Agencia de Cook para saber el resultado de la petición de nuestro respetable Sr. Obispo. Estaba cerrada, mas por la puerta que conduce á la vivienda donde asisten

pudimos averiguar lo que deseábamos, sacando en limpio que aun nada había. Luego fuimos á la posta turca, pues hay dos oficinas principales de este ramo y enteramente independientes, de las cuales cada uno puede hacer uso indistintamente según le convenga, pues con veinticinco céntimos puede franquearse en cualquiera de ellas una carta para esta afortunada nuestra patria Méjico.

En esto daban las doce y todos nos dirigíamos á nuestra tantas veces mentada Casa Nova, pues movimiento alguno extraordinario como acontece por acá en estos solemnísimos días no se notaba. Aun en los pueblos más humildes de Méjico nótese cierta agitación y gusto extraordinario en estos días. Por Jerusalem muy poco, casi nada, pues en verdad que la aristocracia es muy escasa. A las doce muy puntuales estábamos esperando el toque primero de la matraca que para preparación habían de dar y tan pronto como oyéramos el segundo bajaríamos.

Debemos advertir que tanto en Roma, como aquí, durante los viernes de Cuaresma, comimos carne por disposición del Romano

Pontífice, el que atendiendo á la enfermedad que se había desarrollado, así lo había permitido, mas en estos dos días, jueves y viernes, habría sin embargo que guardar la abstinencia. De suerte que hoy fué el primer día que la carne no visitó nuestra mesa, más gracias á Dios y á los RR. PP. Franciscanos quedamos muy satisfechos.

Luego que concluimos fuimos á traer nuestros acanalados y nuestros manteos, para dirigirnos luego al Santo Sepulero, pues á las dos debería comenzar la imponente ceremonia del Lavatorio de los pies. Cuando llegamos á la plaza que está situada en frente, nos encontramos con que la puerta de la hermosa Basílica estaba cerrada, y era mucha la aglomeración de gente que ansiosa esperaba se abriera. Mas esto no tuvo lugar sino hasta que el Sr. Obispo Coadjutor se dejó ver, acompañado del P. Secretario y de los Franciscanos, así como precedido de los genizaros que siempre le acompañan cuando va á alguna asistencia oficial á cualquiera parte. El ruido que llevaban los mozos anunciaba su llegada, y los soldados se formaron luego abriendo valla por donde debía penetrar el respetable Sr. Obis-

po. Acto continuo, abriéronse las puertas de par en par, por los turcos que las cuidan, y penetramos todos siguiendo á la segunda dignidad eclesiástica que nos precedía. Sentóse luego en frente del Templete del Santo Sepulero, en el dosel que de antemano le habían preparado, y los muchachitos que estaban de asistencia le presentaban los vestidos sagrados, que luego se revestía. En seguida, presentáronse los ministros, es decir, el Diácono y Subdiácono, de los cuales el primero tomó el libro de los Evangelios, y pedida la bendición comenzó á cantar el Evangelio, según prescribe el Pontifical, con lo cual dábase principio á la tierna ceremonia que hace la friolera de 19 siglos tuviera lugar por primera vez en esta ingratisima ciudad, y en un sitio que poco, pero muy poco distaba de donde entonces por dicha nuestra nos encontráramos.

Se me olvidaba decir que desde la hora de comer presentóse el hermanito Juan preguntando si alguno deseaba salir de apóstol, para la ceremonia que iba á verificarse; que era costumbre ocuparan estos lugares los peregrinos que á la sazón se ha-

llaren en la ciudad, distribuidos según las naciones que representasen; que en la actualidad le tocaban á Méjico tres lugares, y por lo mismo dijera luego los que desearan aprovechar esta merced. El P. Lopitos, el P. Hueso y yo, nos determinamos á aceptar esta gracia, aunque venciendo alguna mortificación que nos causaba. Así es que cuando se acabó de cantar el Evangelio ya estábamos sentados en unas bancas que se encontraban colocadas en frente de la capilla llamada del Angel, y anexa á la del Santo Sepulero, y en el orden que nos dijera el P. Maestro de Ceremonias. Un Sr. Obispo, cuyo origen no pude averiguar, sirvió también de apóstol. Diré además que 13 fuimos los designados para ello; y á cada uno según nos iban lavando los pies nos entregaba el Sr. Obispo un cuadrito hecho de los olivos de Getsemaní, y una tarjeta con reliquias de distintos lugares santos, contándose en número de 16, y teniendo en medio una crucecita de la misma madera de olivo de Getsemaní.

Después siguió el oficio de las tinieblas, de la misma manera que la tarde anterior estando este acto muy concurrido, y guar-

dando siempre el orden más de 100 soldados armados, que el gobierno civil mandaba situar en el interior, y los que hacían los honores de ordenanza al Patriarca, Obispo y al Cónsul Francés, el que siempre asistía á todos estos oficios de riguroso uniforme, y junto al altar se colocaba en los asientos que exclusivamente á él dedicaban, pues sabido es que los Santos Lugares están puestos bajo el protectorado del Gobierno Católico Francés. Concluimos á las cinco y media, y luego nos fuimos á visitar el monumento de San Salvador, de allí el de la Iglesia que está en el Palacio del Exmo. Patriarca. Muy tristes eran todos, muy lejos estaban de parecerse siquiera al monumento más modesto de nuestros humildes pueblos de Méjico; no diré de la Capital. Un poco había cesado el agua, pues amaneció lloviendo y el cielo se presentaba muy encapotado; parecía que ingrato nos iba á ocultar todo el día los rayos del sol que alegra los corazones, sobre todo en un día como el que era, nada menos que Jueves Santo, y por cierto muy profanado, pues aquí mismo en la Basílica del Santo Sepulero, era de verse con indignación las risas, jue-

gos, carreras y quién sabe cuantas cosas que en su interior tuvieran lugar.

En fin, salimos del Palacio Patriarcal después de visitar el monumento, los PP. Gonzalitos y Delgado, nuestros fieles compañeros, mi tío Modesto y yo, el Sr. Canónigo Romero acompañado de los PP. Hueso y Vilchis y D. Mariano Flores y D. Cenobio Romo y tomando por el centro nos fuimos para nuestra casa residencia, haciendo tristes recuerdos de nuestra adorada tierra, y comparando una cosa con otra. "Siempre, decíamos, en México hay fé. Viva siempre nuestra hermosa tierra. Viva siempre el país de los Moctezuma, de los Netzahualcoyolt, y de la Virgen de Guadalupe."

Con esto terminó el memorable Jueves Santo de 1898, que hará época en la historia de nuestra triste existencia. Mientras que vivamos, imperecederos recuerdos tendremos de estos días tan felices, como la Providencia nos permitió pasar. Después de cenar nos fuimos á descansar hasta el siguiente día, si Dios nos prestaba vida.

Como era muy natural, el Viernes Santo deberían tener lugar los oficios en el Monte Calvario, aunque no en el altar donde expi-

rara Nuestro Divino Salvador, por pertenecer á los Griegos Cismáticos, pero sí en el altar de la Crucifixión que está bajo la custodia de los Padres Franciscanos. Así es que á las cinco de la mañana todos los peregrinos nos levantábamos para dirigirnos sin demora al Santo Sepulcro, pues como hay la costumbre de que comenzados los Oficios cierran la puerta y nadie puede entrar ni salir, tal como ayer lo habían hecho, necesitábamos presentarnos temprano. A las cinco y media nos incorporábamos á la muchedumbre que, en las puertas agolpada, esperaba se abrieran, mas esto no se hizo, sino hasta que el Sr. Obispo Coadjutor que iba á officiar se presentó, lo cual fué á las 5 y tres cuartos. Todos penetramos y los sacerdotes mejicanos fuimos á ponernos el traje de coro con el cual debíamos, como de costumbre, asistir á los Oficios Divinos que pronto iban á comenzar. En efecto, á las seis se escuchaban los golpes que con las mazas daban los genízaros; tras ellos íbamos todos en procesión y al último el Sr. Obispo venía con sus ministros correspondientes, dirigiéndonos al Monte Calvario, en donde colocados en la Capilla Latina de la

Crucifixión se arrojaron luego por tierra, según lo prescriben las *rúbricas* del presente día. Levantáronse á los pocos momentos y siguieron cantando en orden, tal como en el Misal se puede ver.

Llegada la hora de la procesión que fué un poco tarde, por la adoración de la Santa Cruz que se dilató algún tiempo debido á que era regular el concurso, y todos lo hicimos, bajamos al Santo Sepulcro para que se verificara la procesión, como el día anterior, todos con velas encendidas en la mano que nos proporcionaron los RR. PP. y la que no pudo tener lugar en el Monte Calvario, por lo reducido de su área, mas después aquí vino á terminar para concluir con los Divinos Oficios, lo cual acontecía á las nueve de la mañana.

Fuímonos después para la sacristía en el mismo orden que vinimos, formando procesión y quitándonos los roquetes que nos habían hecho favor de prestarnos y que en tregamos, acompañados como siempre de las debidas gracias. Después fuímonos todos para Casa Nova, y sin esperar mucho, abrieron las puertas de la Basílica, porque el señor Obispo Coadjutor se retiró luego

y por lo mismo todos pudimos hacerlo, llegando á tomar el desayuno á las nueve y media.

No sabemos ni cómo pasaron las horas, el caso es que en platicar un poco daba el reloj las doce, y por lo mismo, no había tiempo de hacer otra cosa; lo único que pudimos fué rezar las horas menores y ya la matraca nos llamaba á comer el sabroso pescado fresco que la bondad de los padres había dispuesto y el hermanito cocinero había condimentado. Muchos éramos los peregrinos que en este día comimos, estaban materialmente llenas las mesas, calculando que seríamos unos 150, aparte de los que el día anterior habían llegado y que también tenían aparte su mesa, porque aquí era ya imposible, ni uno más cabía, pues aun para un príncipe acompañado de su esposa que había llegado, tuvieron que improvisarle otra mesa. Ahora que se ofrece hablar de este célebre personaje, peregrino cual nosotros en Tierra Santa, debemos decir que edificados quedamos todos de su conducta, pues aparecía muy circunspeto, muy humilde y muy santo. Nunca faltaba en los Oficios que en la Basílica del Santo

Sepulcro tenían lugar; siempre iba con su libro en la mano, acompañado de su piadosa esposa y su paje por detrás.

Se hincaba y paraba cual convenía; cuando se sentaba á la mesa para comer, rezaba siempre, y daba á Dios gracias cuando concluía. En fin, era un modelo de príncipes cristianos. Dios los cuide y la Santísima Virgen los ampare.

Tan sólo hubo tiempo de tomar un ligero alimento, pues á la una debíamos encontrarnos, tal como lo verificamos, en el pretorio de Pilatos, á fin de tomar parte en el piadoso ejercicio del Via Crucis que iba á tener lugar. Multitud de gente piadosa se reunía con tal objeto, pudiendo calcularse como unas 2,000 personas; por supuesto que los reverendos padres franciscanos eran los primeros en la asistencia. Comenzamos, como ya hemos dicho á los lectores, en el cuartel turco, donde existía el Pretorio de Pilatos, donde el Señor fué condenado á muerte, y que es nada menos el punto que se medita en la primera estación. Luego hubo una pequeña plática en francés, por un padre franciscano, que fué haciendo en las

catorce estaciones, alusiva cada una al punto de la meditación que daba.

A las dos y media ya estábamos en el Santo Sepulcro concluyendo este piadoso ejercicio, y felices una vez más nos llamábamos por haber tenido la dicha de hollar con nuestras plantas el suelo misma que en otros tiempos santificados fueran por la bendita planta del Rey inmortal de los siglos, el Dios de las eternidades, el Unigénito del Padre, Jesucristo nuestro amante Salvador; así como también por su benditísima madre, la bellísima María.

A las tres dió principio el ejercicio de las tinieblas, tal como se verificaran los días anteriores miércoles 6, y jueves 7, y en las cuales el maestro de ceremonias iba señalando los sacerdotes que debían entonar las lamentaciones, así como cantar las lecciones. En esta ocasión tocó al Padre Romo Luis, cantar la Sexta y en seguida me señalaron la séptima, y así sucesivamente otros sacerdotes desconocidos entonaron la octava y la novena. Siguiéron después las laudes, concluyendo con el cántico del *Benedictus* y después, bajando la última vela del tenebrario, se produjo el ruido que prescri-

be el ceremonial, con el cual terminó el oficio llamado de las Tinieblas, siendo aproximadamente las 5 de la tarde.

Como el tiempo era muy limitado, tuvimos sin demora que irnos para Casa Nova, con el fin de tomar la cena que preparada estaba para las cinco y media, á fin de poder asistir á la solemnísimá procesión que iba á tener lugar en la hermosa Basílica del Santo Sepulcro. Así es que disponíamos de muy poco tiempo y sin pérdida de él tomamos nuestro alimento, aunque con poco apetito por ser todavía temprano, y luego pudimos tan sólo ir á nuestros cuartos unos breves momentos, partiendo en seguida para el santísimo lugar donde iba á tener efecto el acto religioso de que acabamos de hablar.

Faltaba un cuarto para las siete y en la sacristía de los Padres Franciscanos estábamos los peregrinos listos ya para comenzar la procesión. El Sr. Obispo Coadjutor, presente estaba también en la capilla del Santísimo Sacramento que es donde tienen su coro los Padres Franciscanos y de donde debía salir la procesión. Todos muy entusiastas tomábamos las velas que para

acompañar nos daban los reverendos padres y á las siete en punto comenzaron á rezar unas oraciones, con lo cual daba principio la solemne procesión que anualmente se acostumbra hacer en este santísimo lugar. Más de 500 eran las luces que por doquiera se veían brillar; la concurrencia era numerosísima formando siempre una valla, y en medio iba un sacerdote franciscano que conducía la imagen de un Santo Cristo como de un metro de largo y el que hacía estancia delante del predicador que en distintos puntos dejaba eseuhear su palabra, siendo el primero el dintel de la Capilla del Santísimo Sacramento, pues apenas acabábamos de levantarnos y comenzaba la procesión, cuando un sacerdote italiano revestido con sobrepelliz y estola comenzó á predicar en su idioma: un cuarto de hora duraría su sermón y seguimos adelante caminando como unos diez minutos, cuando el que portaba el Santo Cristo se paró y en frente de él se puso otro fraile que comenzó á predicar en griego, distinto del que lo hizo primero y así fueron relevándose durante siete ocasiones, pues el tercero lo hizo en turco, que por cierto fué un jovenci-

to que ni aun ordenado está; el cuarto en tudesco, el quinto que tuvo lugar en el Monte Calvario fué en francés. Bajamos de allí y hacia la piedra de Unción nos dirigimos todos, formando valla, y en medio se colocó el fraile que portaba el Santo Cristo, y acompañado de nuestro presidente el Sr. Obispo y de otro más cuya nacionalidad no recuerdo. Una vez en este sitio colocaron un lienzo blanco encima de la piedra y acto continuo quitaron de la Cruz á Nuestro Señor Jesucristo y tendido lo colocaron sobre el lienzo de que acabamos de hacer mención. Preparadas estaban de antemano unas jarritas de plata que contenían bálsamo y mirra, con cuyos exquisitos perfumes ungieron la estatua que á Nuestro Divino Salvador representaba, y después lo envolvieron con los lienzos bien limpios y comenzó el sermón en árabe que duraría como los demás un cuarto de hora poco más ó menos. Después que concluyó tomaron el sacratísimo cuerpo del Salvador, tal como estaba, y entre cuatro sacerdotes franciscanos lo condujeron al Santo Sepulcro y encima de la piedra misma que hace 19 siglos contuviera el verdadero cuerpo de Nuestro Se-

ñor Jesucristo y donde depositado estuviera por tres días; esta misma servirá ahora y sirve cada año para verificar al menos la ceremonia. Una vez hecho esto comenzó el último sermón, parándose el sacerdote franciscano hijo de España en la puerta de la capillita del Santo Angel, por la cual se penetra desde el Santo Sepulcro y en el idioma purísimo, rico y florido de Cervantes comenzó su sermón. Ya podrán calcularse las impresiones que recibiríamos con tantos acontecimientos tan inesperados como presenciábamos. ¡Oh! renuncio el describir los sentimientos que de nuestros corazones se poseyeron porque es imposible para la pluma poderlo hacer. Lea con atención y fijese el lector en lo que nosotros acabamos de presenciar y yo aseguro que los deseos más vehementes de marchar hacia esos lugares santísimos y atravesar por tantos peligros concebirá en el momento.

A las diez de la noche todo había concluido; los únicos sermones que en la Semana Santa se predicaban habían terminado; el cuerpo de Nuestro Señor Jesucristo depositado quedaría en la piedra que ya santificada había sido, cuando real y material-

mente fuese la guardia del rico tesoro del sagrado cuerpo del Redentor. Los padres franciscanos satisfechos se retiraban á descansar; la multitud desocupaba el templo y los peregrinos mejicanos admirados y llenos de regocijo santo y de una satisfacción inexplicable, atravesaban las calles, aunque estaba lloviendo, para dirigirse á Casa Nova y entregarse al reposo que ya necesitaban.

A las seis de la mañana del día siguiente Sábado de Gloria, nos encontrábamos situados todos en la plaza del Santo Sepulcro, esperando se abriera la puerta de esa Suntuosa Basílica, lo cual aconteció luego que llegó el señor Obispo Coadjutor que iba á celebrar los Oficios. Todos penetramos, y como siempre fuimos á la sacristía para ponernos los roquetes y esperar la hora señalada para dar principio á los solemnes Oficios de este día. A las seis y media salía la procesión de la capilla del Santísimo Sacramento, y nos colocamos donde se habían celebrado siempre los Santos Oficios los días anteriores, en frente de la capilla del Santo Angel. Aeto continuo dieron principio, tal como está prescrito por la Iglesia.

Las profecías fueron cantadas por distintas personas, según los iba señalando el P. Maestro de Ceremonias, habiéndome tocado la undécima, la que, por cierto, canté con bastante mortificación. Siguió después la bendición de la pila; bastante agua repartieron á los presentes, mas ésta se verificó al lado del templete que está por la sacristía de los RR. PP., y después de la Letanía de los Santos, comenzó la Misa Pontifical. A las nueve en punto se entonaba el *Gloria in excelsis Deo*, tocando con júbilo las campanas. Siguió la Santa Misa, en lo cual nada de particular hubo. A las diez se daba por terminada la función, y todos satisfechos se iban retirando. Nosotros dejando en la sacristía los roquetes, nos fuimos un momento á la plaza que está enfrente de la Basílica, para ver el gran movimiento que había, debido á que el día siguiente se comenzaba la Semana Santa de los Griegos, Armenios y Coptos; por lo mismo aumentaba el movimiento con la venta de las palmas, así como los peregrinos rusos que en gran número habían llegado, para asistir á ella. Bastante agradable pasamos el rato, y luego nos fuimos á nuestra casa, para esperar la ho-

ra de comer que se acercaba, y de lo que alguna necesidad experimentábamos, por haber cenado el día anterior tan temprano. Dieron por fin las doce y la campana nos llamaba muy alegre; ocurrimos á su llamamiento, y la mesa estaba de gala, llena de flores y varios bizcochos bien compuestos. Todos nos decían *bona pasqua* y muy alegres se veían los semblantes de los creyentes que presente tenían el suceso que la Iglesia Latina conmemoraba en este día.

Después de comer, nos fuimos algunos á Belem: el P. Cárdenas, el P. Gonzalitos, el Sr. Flores D. Mariano, D. Eusebio Romo, el P. Barbosa, el P. Maciel, el P. Luque; el P. Delgado y yo, tomamos unos burritos en el sitio donde ya hemos dicho, y por un franco por persona pudimos ir y volver. A las cinco y media estábamos de regreso la mayor parte y pudimos cumplir con el rezo de nuestro Oficio Divino que aun debíamos.

Nada hubo de particular, y por lo mismo hasta el siguiente domingo de Pascua nos veremos.

Tal vez con la ida á Belem me indispose un poco, y ese día amanecí algo enfermo

mas quiso Dios que á las ocho pudiera levantarme y seguir á mis compañeros que ya se habían ido á celebrar el Santo Sacrificio de la Misa. Así es que, me dirigí al Santo Sepulcro, con este fin, mas tuve que esperar porque había algunos sacerdotes que con anterioridad habían llegado. A las ocho y media estaba vacante el altar de la Santa Columna que, como se recordará, está á la derecha del altar del Santísimo Sacramento, y pude salir sin más demora. Infinitud de gente había en este día en que el Señor Obispo Coadjutor ofició, y aun á estas horas no concluía la función que fué espléndida.

Luego que terminó lo cual fué á las ocho y tres cuartos, comenzaron los griegos cismáticos con la bendición y procesión de palmas. Después de ellos, siguieron los Armenios cismáticos, los cuales empezaron á las once, pues como todos se dirigen al Santo Templete, hay necesidad de que acaben los unos, para que sigan otros. Por fin, á la una todo había terminado muchas eran las palmas que por doquiera se veían. Asistieron á estas ceremonias sus patriarcas respectivos, es decir, el de los Griegos y el de los Armenios cismáticos ambos,



CAPITULO OCTAVO.

Monte Viri Galilei.—Cinto de María Santísima.—Lugar de los ocho Apóstoles.—Solar de la casa de Simón el Fariseo.—Higuera de Judas.—Pozo de Nohemías.—Patentes.—Aceite de los Olivos de Getsemaní.—Medalla del Santo Sepulcro.—Rosario de Olivos.—*Bachiz* á Ventura.—Adiós á Casa Nova.—*Vetturas*.—Estación del Ferrocarril.—El P. Diego.—Adiós á Jerusalem.



EN la tarde nos fuimos á visitar el monte llamado *Viri Galilei* porque los Galileos tenían aquí una especie de posada que durante las fiestas de la Pascua que los Hebreos celebraban en Jerusalem, aquí habitaban. Creese que los Macabeos tenían ahí una especie de fortaleza en la actualidad vense sólo unos escómbros; que pertenecen á los Griegos, tal vez de